

El mito de la neutralidad en Biblioteconomía y Documentación

[Publicado en *Educación y Biblioteca*, nº 166, julio/agosto 2008]

Pedro López López

Universidad Complutense, Facultad de Ciencias de la Documentación

La estafa del fin de las ideologías

En las últimas cinco décadas, el mito de la neutralidad se refiere fundamentalmente a una idea impulsada por la derecha desde los años cincuenta del siglo XX y contrapuesta a la de compromiso social.

Ya advertía Norberto Bobbio (2000, p.51) de que no hay nada más ideológico que afirmar que estamos ante el fin de las ideologías. Pero veamos con más detalle el recorrido de este mito:

Tras la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos, preocupado por la influencia de la Unión Soviética sobre los trabajadores estadounidenses y europeos, busca combatir ideológicamente al socialismo y lleva a cabo una serie de iniciativas. El primer *think tank* data de una fecha tan temprana como 1946: se trata de la Research and Development Corporation (RAND), organización fundada por la US Air Force en Santa Mónica (Mattelart, 2007, p. 62). En 1950 se crea el Comité Americano para la Libertad de la Cultura y el Congreso para la Libertad de la Cultura. Se trata de iniciativas destinadas a propagar el pensamiento antisocialista organizando congresos de intelectuales que propagan la ideología liberal-conservadora. Estos congresos y actividades están financiados en gran parte por la CIA¹; de hecho, el Congreso para la Libertad de la Cultura lo organiza el agente de la CIA Michael Josselson (Stonor Saunders, 2001, p. 13) Naturalmente, la CIA no aparece por ningún lado, sino que son fundaciones filantrópicas las que canalizan ese dinero: Ford, Carnegie, Kaplan, Farfield, etc.

En 1955, el Congreso para la Libertad de la Cultura se celebra en Milán, y es en esa reunión donde recibe un impulso importante la tesis del fin de las ideologías. El intelectual que goza de más predicamento en estas actividades es el austríaco Friedrich A. von Hayek, que años después publicó el libro cabecera de la revolución conservadora: *Camino de servidumbre*. Su discurso insiste machaconamente sobre una idea guía: el individuo-emprendedor es la medida de todas las cosas. Tanto él como otros autores -el historiador Raymond Aron, los sociólogos Daniel Bell, Alvin Toffler, etc.- no dejan de predicar obsesivamente la tesis del “fin de las ideologías”. El triunfo de este enfoque suponía el fin de lo político, el fin de las clases y sus luchas y el fin de los intelectuales críticos y su compromiso social (Mattelart, 2007, p. 86). Desde entonces, con la revolución conservadora que tuvo lugar a finales de los años setenta con la llegada al poder de

¹ A este respecto, el documentadísimo libro *La CIA y la guerra fría cultural*, de la historiadora Frances Stonor Saunders ofrece una demoledora profusión de datos.

Margaret Thatcher y Ronald Reagan (sin olvidar, en los mismos años, la llegada del Papa conservador Karol Wojtyła), la idea del compromiso social es atacada desde un discurso conservador que se presenta como neutro e “independiente”², para, de esta manera, desactivar el discurso crítico acusándolo de parcial, no profesional.

Al parecer del sociólogo Armand Mattelart (2002 p. 67) el concepto de sociedad de la información viene en ayuda de esta operación político-ideológica e “*interviene en la construcción del fin de los “fines”: fin de la ideología; fin de la política; fin de la lucha de clases; fin de la conciencia crítica de los intelectuales*”. La sociedad de la información (o sociedad postindustrial) se basará en una “tecnología intelectual” y “*será dirigida por una comunidad científica carismática sin ideología*”. El terreno para la semántica de la sociedad global lo preparan el profesor de literatura Marshall MacLuhan y el especialista en asuntos de comunismo Zbigniew Brzezinski, futuro consejero del presidente Carter en materia de seguridad. El discurso de la sociedad global que ambos construyen tiene como referencia el único país que merece el calificativo de “sociedad global”: Estados Unidos. Este país se convierte en el faro que ilumina a las demás naciones. Su cultura, sus modas, sus tecnologías, adquieren el rango de universales; propone modos de vida, de comportamiento y de organización a imitar. La sociedad global nacerá —explica Mattelart— de extrapolar el arquetipo originado en Estados Unidos. “*La revolución tecnocrática convierte la revolución política en un vestigio del pasado*”. Está claro que la intención es dejar la esfera política, que es en la que se cuestiona el sistema, fuera de combate.

Desde otros contextos académicos también se intentó desactivar la contestación al capitalismo. Por ejemplo, llama la atención una larga tradición psiquiátrica en Estados Unidos cuya pretensión ha sido patologizar la rebeldía, complementando así muy bien la otra función represora del sistema consistente en criminalizarla. Ya en 1813 el médico presbiteriano Benjamín Rush diagnosticó que la rebelión contra la autoridad es “*un exceso de pasión por la libertad*” y “*constituye una forma de insania*” (Gelman, 2008). En 1851, el doctor Samuel Cartwright descubrió un trastorno interesante, la “drapetomanía”, consistente en el irrefrenable deseo de huir por parte de los esclavos. Este trastorno les llevaba a no prestar la debida atención a las órdenes del amo. Igual que el tonto se fija en el dedo cuando se le señala la luna, las eminencias médicas de la época no veían un problema en la esclavitud, sino en la falta de diligencia del esclavo. Un poco más cerca de nuestra época, en 1980 los psiquiatras estadounidenses llegaron a hablar del “desorden de oposición desafiante”.

Como vemos, el discurso del fin de las ideologías no es nada inocente y más bien intenta desactivar sólo las ideologías que cuestionan el capitalismo y los discursos que legitiman la dominación de unas clases sobre otras.

En la introducción a su libro *La lucha de la cultura*, Michael Parenti nos regala esta reflexión:

² El calificativo de “independiente” también es uno de los preferidos por la derecha. De hecho, en el libro de Stonor Saunders se informa sobre la cantidad de millones de dólares que la CIA invirtió para su “guerra cultural” en sobornos, becas, subvenciones a congresos, editoriales y revistas que se calificaban de “independientes”.

Una de las enseñanzas ideológicas más persistentes en los Estados Unidos es que nuestra sociedad está especialmente libre de enseñanzas ideológicas. La ideología es algo importado de tierras extrañas o que han introducido en nuestros hogares grupos supuestamente siniestros, como la “ideología comunista”. Sin embargo, a los americanos se nos adoctrina sobre ciertos preceptos, como el patriotismo, el hombre rico hecho a sí mismo y la viabilidad rentable del mercado libre. También recibimos nociones sobre raza, clase y relaciones de género y sobre la distribución democrática del poder en nuestra sociedad pluralista. Mi opinión es que la mayoría de estas creencias son en sí mismas ideológicas. Sin embargo circulan ampliamente, permanecen libres de cualquier examen crítico y se considera que representan el orden natural de las cosas. Estas ideologías no surgen de forma espontánea, sino que las diseminan las instituciones dominantes de la sociedad. Sirven como instrumentos de control social. Por el contrario, los puntos de vista iconoclastas tienen una difusión limitada y generalmente se les considera como algo más allá de lo aceptable.

Más adelante (p. 148), Parenti nos ilustra acerca de cómo circula en el mundo de la información el mito de la objetividad, señalando que los reporteros y editores de noticias que trabajan para los mayores conglomerados empresariales creen que son objetivos en su tratamiento de las noticias. Si se interroga a estos elaboradores de noticias, no dejan de señalar que se consideran profesionales que sólo cuentan los hechos sin contaminarlos con opiniones personales, y que van directos a las fuentes para conseguir sus reportajes sin ningún sesgo ideológico. En esta línea, señala Parenti, es lógico que la cadena Fox News, una de las más conservadoras de Estados Unidos que difunde generosamente comentarios de lo más reaccionarios, se presente como “la única cadena de noticias que es limpia y equilibrada”.

Ésta ha sido la estrategia del neoliberalismo (armazón teórico de la derecha) durante las últimas décadas, presentando sus propuestas como “naturales”, neutrales, objetivas, profesionales, asépticas, independientes, desideologizadas; en definitiva, conformando el “sentido común”. Así, “*esta ideología prácticamente ha dejado de necesitar justificación. Se ha convertido en el sentido común de un naciente consenso mundial*” (Díez, E.J., 2007, p. 302). Y continúa Enrique J. Díez: “*Bajo el disfraz de la “realidad objetiva” [los neoliberales] presentan las premisas y el marco ideológico del paradigma reinante en nuestra época: la visión neoliberal del mundo*”.

Evidentemente, la autopresentación de tal ideología como objetiva, neutra, independiente, etc. lo que intenta es desactivar a sus críticos presentándolos como parciales, subjetivos, no profesionales, etc. Pues bien: hay que dejar claro que la supuesta neutralidad supone la aceptación acrítica de la ideología dominante, y ello supone una postura tan ideológica, tan política, como la de aquellos que la critican. Dicho de otra manera, Parenti sostiene que normalmente lo objetivo no refleja más que unanimidad de los prejuicios, o “el punto de vista dominante”.

En la magnífica novela *La montaña mágica*, Thomas Mann hace decir a su “alter ego” Settembrini: “*No existe la no-política, todo es político... El problema social, el problema de la vida en sociedad, es en sí mismo político, enteramente político, única y exclusivamente político. Quien se consagra a ese problema (y el que se zafase de él no merecería ser llamado hombre) se consagra a la política*”.

Por si todavía no queda claro para alguien, merece la pena en este punto destacar que en España la tesis del fin de las ideologías ya había sido expuesta a finales de los cincuenta por el falangista y ex ministro franquista Gonzalo Fernández de la Mora, que reivindicaba la paternidad de esta tesis, por encima de la atribución a Daniel Bell, que hasta 1961 no deja nada escrito al respecto. Fernández de la Mora, defensor a ultranza de la tecnocracia, utilizó la expresión “crepúsculo de las ideologías”, publicando en esos años un libro bajo ese mismo título. Igualmente, también la Psiquiatría del régimen echaba una mano con “estudios” como los de Vallejo Nájera, uno de los cuales se titulaba “Biopsiquismo del fanatismo marxista”, considerando el marxismo como una enfermedad mental. Este psiquiatra, defendiendo el robo de niños a los republicanos, llegaba a decir: *“las íntimas relaciones entre marxismo e inferioridad mental ya las habíamos expuesto anteriormente. La segregación de estos sujetos desde la infancia podría liberar a la sociedad de plaga tan terrible”*. Es de suponer que Vallejo Nájera pensaba que su discurso era objetivo, que la pseudociencia que él utilizaba no tenía contaminación ideológica y que sus consideraciones eran “apolíticas”.

Para aportar una referencia actual, el diario *Público* publicaba una entrevista el pasado 21 de junio de 2008. El entrevistado era el compromisario más joven del congreso que el PP celebraba por esos días en Valencia, Javier Dorado. Ante la primera pregunta contesta: *“Las palabras izquierda y derecha son del siglo XIX, ya no sirven. Prefiero usar otras como ilusión, libertad, igualdad. Como vemos, el guión de la derecha es el mismo desde hace décadas: se decreta el fin de las ideologías y se recurre a un lenguaje confuso que sirve para justificar cualquier cosa (evidentemente, las tres palabras –ilusión, libertad e igualdad– tienen distinto significado para la derecha que para la izquierda).*

Estas referencias nos ayudan a valorar mejor las raíces del “apoliticismo” -muy unido a posiciones tecnocráticas- y de la neutralidad/objetividad.

Frente al discurso del fin de las ideologías y de lo obsoleto del esquema derecha/izquierda, parece que esta distinción sigue vigente. Mientras la izquierda -que hoy está en los movimientos sociales, más que en órganos institucionales- piensa en el mundo que habitamos como un lugar que debemos compartir la familia humana procurando que los recursos, la riqueza y el poder se repartan del modo más equilibrado posible, procurando que todos los seres humanos puedan participar en los proyectos sociales que les afectan y procurando también atajar males como las enfermedades, la miseria o las guerras; la derecha sigue pensando en el planeta en términos de oportunidades de negocio, convirtiendo todo lo que existe en mercancía para la compraventa, incluyendo bienes necesarios para cubrir las necesidades básicas, organismos vivos e incluso a los propios seres humanos. El premio Nobel de Economía Robert Solow, comentando las políticas de la administración Reagan, resumía muy bien el asunto: la derecha siempre defiende más poder para los más poderosos y más dinero para los más ricos³. Siempre ha sido así, y no parece que esto vaya a cambiar en las próximas décadas.

³ Tomo la referencia de un artículo de Joseph Ramoneda publicado en *El País* el 20 de junio de 2008: “¿Hay una vía a la izquierda?”

Apoliticismo vs. Compromiso social en Biblioteconomía y Documentación

En Biblioteconomía y Documentación, frente a la postura de compromiso social, una corriente, aparentemente mayoritaria, defiende un enfoque que podríamos llamar técnico-gerencial (tecnocrático) y que también se presenta como neutral. El mito de la neutralidad ha encontrado terreno abonado en nuestras profesiones (bibliotecarios, archiveros, documentalistas y docentes). Pero frente a un orden social que genera enormes desequilibrios e injusticias sociales, sólo caben dos posturas: se cuestiona o se apoya ese orden. La inhibición, que pretende pasar por neutralidad, independencia, equidistancia, objetividad y otras imposturas intelectuales, sólo enmascara, y se traduce de facto en, una postura de apoyo a ese orden social generador de injusticia.

Para los presuntos “neutrales”, pareciera que el compromiso resta profesionalidad. Esto queda desmentido por la cantidad de gigantes intelectuales que ha dado la historia que han estado comprometidos socialmente en su tiempo. Por referirnos a nuestro área de conocimiento, los padres de la Documentación, los belgas Paul Otlet y Henri La Fontaine, fueron destacadas personalidades comprometidas con el pacifismo. Resulta sorprendente que los que hoy nos oponemos a guerras como la de Iraq y otras posibles que están en la agenda del país más poderoso del mundo, recibamos con frecuencia el desprecio de ese sector que se pretende neutral, cuando estas personalidades, que vivieron en el tiempo de la Primera Guerra Mundial, desarrollaron teoría de la Documentación, pero se mutila su obra al dejar de lado su compromiso social. Otlet trabajó enérgicamente por conseguir una sociedad que evitara la guerra; de hecho, uno de sus escritos llevaba por título *Le fin de la guerre*. La Fontaine, co-creador de la Clasificación Decimal Universal, igualmente fue un destacado pacifista y socialista activo en su tiempo, llegando a ser senador y a conseguir el Premio Nobel de la Paz en 1914. Otro personaje destacado en la órbita de los trabajos sobre información es el irlandés Sean MacBride, autor del archiconocido “informe MacBride” en los años setenta. Igualmente, fue una destacada personalidad comprometida con su tiempo, activista de derechos humanos, fundador de Amnistía Internacional y presidente de la misma entre 1961 y 1974. Por toda su labor en defensa de los derechos humanos llegó a recibir el Premio Nobel de la Paz en 1974.

Quizás estas referencias quedan muy lejos en el tiempo. Vayamos a alguna más cercana. Tan sólo hace unos meses (en 2007) se le concedió el premio anual de Enseñanza LJ, patrocinado por ProQuest, a la prestigiosa profesora Tony Samek, australiana de origen y residente desde hace años en Canadá (Universidad de Alberta). La portada del *Library Journal*, correspondiente a noviembre de 2007, se dedicó a la profesora Samek. El premio se concedió en reconocimiento a una visión social de la docencia en Biblioteconomía y Documentación. Para Samek, una profesora con conciencia social y una activista de los derechos humanos, la enseñanza en esta área debe incluir el estudio de cuestiones sociales, y además opina que debe ir más allá de las aulas y hacer algo por transformar la sociedad. Para una parte de los colegas estos parámetros no son válidos y están teñidos de “política”; evidentemente, estos parámetros cuestionan el orden existente.

Estos cuatro ejemplos (desde luego, pueden ponerse muchos más) ponen de relieve que ser un profesional de primera línea no está reñido, ni mucho menos, con el compromiso social. Pero esto no arredra a los “neutrales”; por el contrario, éstos con frecuencia se encorajan con estos asuntos -demostrando así que en realidad tienen un problema ideológico- y ejercen una presión social que se traduce en censura que se enmascara de múltiples maneras y que consigue que muchas personas se autocensuren por esta presión. No cabe duda de que, para la corriente “neutral” queda mejor citar en un artículo informes técnicos y trabajos supuestamente neutrales que a autores de la talla de Ramonet, Mattelart, Chomsky, Wallerstein, Zinn y otros que cuestionan fundamentadamente el discurso dominante.

El planteamiento que se presenta como neutral –pero que no es tal- es funcional a la doctrina económica vigente y al capitalismo actual, que, con su necesidad de convertir a toda la sociedad en un inmenso supermercado, intenta desacreditar el compromiso social de los profesionales, que socava seriamente su legitimidad. Mientras los valores no funcionales al capitalismo se presentan como parciales, sectarios, subjetivos e ideológicos, los que son funcionales se presentan como si fueran “naturales” y no necesitaran ser aprendidos. Sólo así se explica que podamos encontrar en un titular de periódico: “Los centros privados de Venezuela temen que la nueva Ley de Educación adoctrine a los niños en el socialismo” (*El País*, 18 de marzo de 2007). Evidentemente, el redactor del titular piensa “objetivamente” que el capitalismo no requiere adoctrinamiento, o que en caso de que lo haya, no es objetable si es para construir la sociedad capitalista, pero sí si lo es para cualquier discurso alternativo. Otro ejemplo más reciente aún nos lo proporciona la conocida enciclopedia Wikipedia, que a finales de mayo de 2008 decidió bloquear desde su web el enlace a www.rebellion.org por considerar este medio “fuente no neutral ni verificable”. El sitio www.rebellion.org fue incluido en la lista negra de Wikipedia (<http://es.wikipedia.org/wiki/MediaWiki:Spam-blacklist>), junto a decenas de direcciones dedicadas a difundir spams. *Rebelión* es un medio de información alternativo no sujeto a intereses políticos ni empresariales, pero claramente de izquierdas. Al parecer, una bibliotecaria cuyo nombre de usuario es “Gusgus” tomó esta decisión⁴. Ni Canal 9, ni Fox News, ni La Razón, ni el periódico ABC, ni El Mundo ni la COPE, ni Libertad Digital, por citar medios de comunicación inequívocamente derechistas, han tenido el mismo tratamiento. Considerar a medios como éstos neutrales revela obscenamente el sesgo ideológico de quien tomó la decisión. Y es que en asunto de fuentes y medios de comunicación la neutralidad se traduce en proporcionar el mayor pluralismo y veracidad posible, no en censurar las fuentes de un lado del espectro ideológico y no las del otro.

De la “dichosa neutralidad española” ya hablaba Antonio Machado, según nos relata Ian Gibson en su biografía, *Ligero de equipaje*. Manuel Machado escribía a su hermano Antonio que esa neutralidad consiste “en no saber nada, en no querer nada, en no entender nada”. Se refería a la posición de neutralidad española ante la Primera Guerra Mundial (1914-1918), de la que decía Antonio Machado: “es verdaderamente repugnante nuestra

⁴ <http://www.larepublica.es/spip.php?article11427>. También puede consultarse el artículo de Pascual Serrano colgado en <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=69124>. Entrando en la página personal de “Gusgus” averiguamos que se trata de una “bibliotecaria” autorizada de Wikipedia que se llama Mercedes. Su formación universitaria, según nos informa, comenzó por la carrera de Químicas, que abandonó para terminar haciendo Dirección de Empresas, un dato que nos da alguna pista, ya que parece muy afín a la óptica empresarial esa curiosa forma de concebir la “neutralidad” con múltiples raseros.

actitud ante el conflicto actual, y épica nuestra inconsciencia, nuestra mezquindad, nuestra cominería. Hemos tomado en espectáculo la guerra, como si fuese una corrida de toros”. Unas décadas después fue España la víctima de la neutralidad europea cuando un golpe de estado terminó con un régimen democrático e instaló una dictadura de casi cuatro décadas.

Y es que la neutralidad se viste con la mascarada de “juego limpio”, pero en muchas ocasiones en realidad oculta cobardía y miseria moral. Pero además, ocurre que en España solemos ser “más papistas que el Papa” y, teniendo como referencia cultural a Estados Unidos, muchos ignoran que en este país hay un sano sector con un notable sentido del compromiso social. Por eso en una entrega de oscars los actores se rebelaron contra la guerra de Iraq. Y por eso los tecnócratas de nuestro área de conocimiento ignoran que la American Library Association (ALA) ha emitido muchas resoluciones en protesta contra el recorte de las libertades civiles amparado en la lucha contra el terrorismo (una lucha que no hace más que alimentarlo, según todos los datos), contra la tortura, contra la *Patriot Act*, contra la destrucción de los recursos culturales en Iraq, etc. Algunas de ellas⁵:

- En relación con el genocidio de Darfur, la ALA urge a la profesión a que promueva el conocimiento de este genocidio a través de colecciones, programas, exposiciones, guías de recursos, etc. (resolución aprobada en junio de 2006).
- En junio de 2005, la ALA pide la retirada de las tropas estadounidenses de Iraq y el retorno a la completa soberanía del pueblo de Iraq.
- También en junio de 2005, la ALA se opone a los planes del gobierno estadounidense en relación con el supuesto derecho de éste a desinformar, manipular, destruir y otras tácticas relacionadas con la información, para las cuales el gobierno reclama carta blanca en su lucha contra el terrorismo.
- En junio de 2004, la ALA condena el uso o la amenaza de la tortura por el gobierno estadounidense, “como una bárbara violación de los derechos humanos, la libertad intelectual y el imperio de la ley”.
- En junio de 2003, la ALA deplora la pasividad de las autoridades británicas y estadounidenses para asegurar las instituciones culturales y evitar la pérdida de importantes objetos de su riquísimo patrimonio cultural. Sabido es que las tropas de las potencias aliadas en la ocupación de Iraq se ocuparon sobre todo de la protección de los pozos petrolíferos (cuando al parecer iban a llevar la democracia y los derechos humanos al país, y el petróleo no aparecía en ninguna de las razones que llevaron a la ocupación).

Esta breve muestra basta para darse cuenta de que profesionalidad y responsabilidad social no tienen por qué estar reñidas.

⁵ Agradezco a María Jesús del Olmo la información proporcionada en este punto.

¿Es “profesional” el activismo bibliotecario?

En alguna reunión de colegas he oído, ante alguien que ha suscitado un tema social, comentarios del tipo “seamos serios...” o “esto no es serio...”, en una clara actitud de recriminación que venía a significar que lo que se había suscitado no era “profesional”. Habría que advertir a estos pretendidos profesionales “serios” que los que estamos preocupados por los efectos sociales de algunas directivas europeas (como la que impone un canon a las bibliotecas por el préstamo de libros), de la creciente externalización y privatización de la administración pública, del modelo de propiedad intelectual que se va imponiendo, etc. no nos tomamos a broma nada de lo que tratamos.

Algunos nos “reconocen” el derecho a ejercer como ciudadanos en nuestros ratos libres, pero siempre y cuando esta actividad esté absolutamente desconectada de la profesión. Sin embargo, son numerosas las asociaciones que hacen activismo, y no sólo llevando libros o profesionales para poner en marcha proyectos (ésta sería una parte asistencial que nadie cuestiona), sino formulando una crítica cívica que es necesario ejercer, no sólo como ciudadanos, sino como profesionales. Al fin y al cabo, el ejercicio de la profesión *“constituye la principal responsabilidad y aportación del ciudadano a la comunidad”* (Cobo, 2003, p. 360).

¿Tenemos derecho, como profesionales, a promover el debate sobre cuestiones como la creciente privatización de los servicios públicos, que afecta, sin duda, a los servicios bibliotecarios? No sólo tenemos derecho, ¡tenemos obligación!

Como se manifiesta en la Declaración de Buenos Aires, emitida en el Primer Foro Social de Información, Documentación y Bibliotecas (Buenos Aires, 2004), los bibliotecarios, documentalistas y archiveros *“deben participar en los procesos sociales y políticos que se relacionan con su quehacer cultural, ámbito laboral y ejercicio profesional”*. Además, estos profesionales de la cultura *“son facilitadores del cambio social, formadores de opinión, promotores de la democratización de la información y el conocimiento, gestores educativos y actores comprometidos con los procesos sociales y políticos”*.

También en 2004 tuvo lugar en Chile la XV Asamblea General de ABINIA, asociación de estados iberoamericanos para el desarrollo de las bibliotecas nacionales., en la que se redactó el documento “Valores éticos compartidos por las bibliotecas nacionales”. Entre los valores declarados figura *“la promoción de una cultura democrática, de libertad y participación ciudadana”*, así como *“la promoción de los derechos universales de los pueblos a la educación, la cultura y los conocimientos”*.

No son estas las únicas referencias que pueden darse; diversas instituciones como IFLA, UNESCO, el Consejo de Europa, etc., se pronuncian en parecidos términos en múltiples documentos (ver López López, 2007). La biblioteca pública es una institución esencial para la democracia. Vincularla exclusivamente a labores y procesos técnicos supone empobrecer su función, sin lugar a dudas. ¿Cómo se pueden promover los valores democráticos, los derechos humanos, el respeto a las minorías, el interculturalismo y otras cuestiones relacionadas con el fortalecimiento de la democracia desde la inhibición, desde la

“neutralidad”? La promoción de los valores democráticos sólo se puede hacer desde una postura de activismo social, es imposible hacerla desde esa malentendida neutralidad que proclaman algunos profesionales.

El activismo no empobrece, sino que enriquece la actividad profesional. La relación entre biblioteca y cultura cívica debe ser fortalecida. Por ello, en los departamentos universitarios de Biblioteconomía y Documentación de países anglosajones y nórdicos se está prestando actualmente atención a incluir en los planes de estudio temas como biblioteca y ciudadanía, inclusión social, cultura de servicio público, perspectiva de género, etc. (Morillo Calero, 2007).

He defendido en diversos trabajos la necesidad de una formación ciudadana en el currículo de Biblioteconomía y Documentación (véase López López, 2007), propuesta respaldada por una buena cantidad de documentos internacionales que encomiendan a la Universidad la formación de ciudadanos responsables socialmente, es decir, que recomiendan ir más allá de la preparación técnica. Si este tipo de preparación no se completa con pensamiento social y conciencia del compromiso cívico de la biblioteca, nuestra titulación queda convertida en lo que se conoce como formación profesional, es decir, una preparación técnica desprovista de formación intelectual. Desde la Declaración Mundial sobre la Educación Superior en el siglo XXI (UNESCO) hasta los propios estatutos de la Universidad Complutense, a la que pertenezco, la misión de formar ciudadanos en la educación superior se explicita claramente. Sólo falta que el colectivo docente resista la fuerte acometida del ámbito empresarial, que intenta poner exclusivamente a su servicio los planes de estudios universitarios. La formación de profesionales y de ciudadanos debe seguir al servicio de toda la sociedad (administración, ONG, ciudadanía en general), y no entregarse acríticamente a una lógica mercantil desaforada.

Referencias bibliográficas

Bobbio, Norberto. *Derecha e izquierda* Madrid: Punto de Lectura, 2000 (or.: 1995).

Cobo Suero, Juan Manuel. Formación universitaria y educación para la ciudadanía. *Revista de Educación*, 2003, número extraordinario: Ciudadanía y Educación, pp. 359-375.

Díez, Enrique Javier. *La globalización neoliberal y sus repercusiones en la educación*. Barcelona: El Roure editorial, 2007

Gelman, Juan. La doma de los jóvenes bravíos. <http://www.juangelman.com/wordpress/?p=345> [consultado 1-4-08]

López López, Pedro. La formación ciudadana en Biblioteconomía y Documentación: España y el Espacio Europeo de Educación Superior. En: Gimeno Perelló, J., López López, P. y Morillo Calero, M.J. *De volcanes llena: biblioteca y compromiso social*. Gijón: Trea, 2007, pp. 445- 481.

Mattelart, Armand. *Historia de la Sociedad de la Información*. Barcelona: Paidós, 2007.

Mattelart, Armand. Premisas ideológicas de la sociedad de la información. En: Vidal-Beneyto, J. *La ventana global: ciberespacio, esfera pública mundial y universo mediático*. Madrid: Taurus, 2002.

Morillo Calero, M^a Jesús. El compromiso bibliotecas y bibliotecarios. En: Gimeno Perelló, J., López López, P. y Morillo Calero, M.J. *De volcanes llena: biblioteca y compromiso social*. Gijón: Trea, 2007, pp. 25-47.

Parenti, Michael. *La lucha de la cultura*. Hondarribia: Hiru, 2007.

Stonor Saunders, Frances. *La CIA y la guerra fría cultural*. Madrid, Debate, 2001 (or.: 1999).